

bía obedecer á todos los Bárbaros que alternativamente la invadían.

Pero en ninguna parte era tan profunda la anarquía como en Siria, la primera de las comarcas á donde los Arabes llevaron sus armas. Si aquí las ciudades, por haberse salvado de las devastaciones de las guerras perpetuas entre Persas y Romanos, todavía prosperaban, no tenían ya interés sino por las especulaciones comerciales, y por las controversias religiosas. El mundo para ellas acababa á las puertas de la población; las campiñas estaban desiertas; y los habitantes habían olvidado toda idea de patria, y obedecían al primer señor que se avenía á darles de comer: envilecida la antigua aristocracia de los vencedores por sus cruzamientos con todos los pueblos asiáticos á quienes venciera, había perdido todo su valor é influencia.

Al examinar en nuestra obra anterior el influjo de los diferentes factores que dirigen la evolución de las sociedades, hemos colocado entre los más importantes, la influencia de un ideal; pues si el culto de la patria, las creencias religiosas, el amor de la independencia, de la gloria, del pueblo ó de la ciudad, etcétera, son, filosóficamente considerados, una especie de ilusiones; esas ilusiones son cabalmente las que siempre han arrebatado á los hombres, y aquellas bajo cuya égida se han levantado los edificios políticos y sociales que hasta ahora abrigaron á la humanidad. La grandeza de los Romanos se fundó sobre todo en el culto de Roma, y Roma fué dueña del mundo mientras hubo Romanos que no vacilaron en sacrificar sus vidas al acrecentamiento de aquel poder.

Con una palabra cabría caracterizar á los pueblos greco-romanos y asiáticos cuando apareció Mahoma; bastaría decir que todo ideal había muerto en ellos desde mucho antes. El amor de la patria, y el culto de los antiguos dioses no tenían ya prestigio en las almas, predominando tan sólo en ellas el sentimiento del amor egoísta de sí mismo. Con semejante móvil no se resiste ni un momento á pueblos dispuestos á sacrificar sus vidas por sus creencias.

Mahoma supo crear un ideal poderoso para unos pueblos que carecían de él; y en esto particularmente consiste su grandeza. Este ideal nuevo era, sin duda, como todos los anteriores ideales, un vano fantasma, pero ninguna realidad es más poderosa que estos fantasmas. Nunca vacilaban los sectarios del profeta en dar las vidas por su nueva fe; porque ningún

bien terrenal les parecía superior á la vida futura que esta fe les movía á esperar.

El islamismo fué para todos los pueblos sometidos á su ley, lo que antiguamente fué la grandeza de Roma para los romanos; él dió intereses comunes y esperanzas también comunes á poblaciones hasta entonces separadas por intereses diversísimos, y logró así dirigir todos sus esfuerzos hacia un mismo fin.

Pero si la comunidad de intereses y creencias puede bastar para constituir la homogeneidad de un pueblo, no es suficiente para darle los medios de apoderarse del mundo, hasta en el caso de que este mundo se halle en el estado de decadencia que el imperio greco-romano y el de los persas en la época de Mahoma; pues aunque el coloso fuese una sombra, todavía la sombra era temible; y para atacarla con éxito, necesitábase unir á las creencias, que encaminaban los esfuerzos en un mismo sentido, cualidades guerreras notabilísimas. El valor y el amor á los combates no faltaban á los Arabes, por haberlos heredado desde muchos siglos antes; la nueva creencia les enseñaba el desprecio de la muerte, prometiéndoles infinitos deleites en la otra vida; y sólo les faltaba el conocimiento del arte de la guerra, pues el valor no lo suple. Los combates de los Arabes entre sí no eran más que verdaderas luchas de bárbaros, en las cuales toda la táctica consistía en precipitarse amontonadamente unos contra otros, peleando cada uno para sí.

Los Persas y los Romanos poseían todavía hasta un alto grado este arte de la guerra, como así lo probaron en sus primeros choques con los Arabes, pues las derrotas de éstos en Siria demostraron muy pronto lo que les faltaba. Pero los Arabes se instruyeron rápidamente combatiendo con sus vencedores. Los numerosos tráfugas, que atrajo la nueva fe, sirvieron de instructores á los discípulos del profeta; quienes así aprendieron la táctica, la disciplina y el sistema de dar batallas; de modo que en pocos años quedaron transformados, y en el sitio de Damasco sus adversarios les vieron con estupor servirse de máquinas tan perfectas y tan bien manejadas como las de los Griegos.

II

CARACTERES DE LAS CONQUISTAS ÁRABES

La habilidad política desplegada por los primeros sucesores de Mahoma estuvo al nivel de los talentos guerreros que con tanta rapidez supieron adquirir. Desde los primeros comba-

tes se hallaron entre poblaciones á quienes sus señores tiranizaban sin piedad desde hacía muchos siglos; y que no podían menos de recibir con alegría á unos conquistadores que les permitían vivir mejor. La conducta que debía seguirse era clara, y los primeros califas supieron sacrificar á los intereses de su política toda idea de conversión violenta. Lejos de procurar imponer por la fuerza su creencia á los pueblos sometidos, siempre declararon que respetarían su fe, usos y costumbres; y en cambio de la paz que les aseguraban, no les imponían más que un corto tributo, siempre inferior á los impuestos que les exigían sus antiguos dueños.

Antes de empezar la conquista de un país, los Arabes le enviaban invariablemente embajadores con proposiciones conciliatorias; las cuales eran en todas partes idénticas á las que, según el historiador árabe El-Macyn, Amrú mandó hacer el año xvii de la hégira á los habitantes de la ciudad de Gaza, á quienes sitiaba, y á las que se hicieron igualmente á los Egipcios y á los Persas. Hélas aquí:

«Nuestro dueño nos ordena haceros la guerra, si no aceptáis su religión. Sed de los nuestros, haceos hermanos nuestros, adoptad nuestros sentimientos é intereses, y no os haremos ningún daño. Si no aceptáis, pagadnos un tributo anual, con exactitud, mientras viváis; y combatiremos en favor vuestro contra aquellos que intenten haceros daño y sean vuestros enemigos, quienes quiera que fueren; y así os conservaremos fiel alianza. Si también rehusáis esto, no habrá entre vosotros y nosotros sino la espada, y os haremos la guerra hasta cumplir lo que Dios nos manda.»

La conducta del califa Omar en Jerusalén nos demuestra con qué blandura los conquistadores árabes trataban á los vencidos, lo cual contrasta en extremo con los procedimientos de los Cruzados en la misma ciudad algunos siglos después. Omar no entró en la ciudad santa sino con un corto número de compañeros suyos; y pidió al patriarca Sofronio que le acompañase en la visita que quiso hacer á todos los sitios consagrados por la tradición religiosa, declarando en seguida á los habitantes que estuviesen tranquilos, pues no sólo sus bienes y templos no tenían nada que temer, sino que los musulmanes no harían sus oraciones en las iglesias cristianas, porque éstas no eran aptas para su culto.

La conducta de Amrú en Egipto no fué menos benévola, pues propuso á los habitantes

una completa libertad religiosa, justicia imparcial para todos, inviolabilidad de las propiedades, y en vez de los tributos arbitrarios y excesivos de los emperadores griegos, un impuesto anual de 15 pesetas por cabeza. Llenos de satisfacción por estas proposiciones, los habitantes de las provincias se apresuraron á adherirse á ellas, pagando el tributo por adelantado. Los Arabes respetaron tan religiosamente las convenciones establecidas, y se hicieron tan agradables á las poblaciones que habían sufrido los vejámenes de los agentes cristianos del emperador de Constantinopla, que todo el Egipto adoptó con eficacia la religión y la lengua de los nuevos señores. Este resultado es uno de aquellos, repito, que jamás se obtuvieron por la fuerza.

Las conquistas de los Arabes tienen un carácter particular que las distingue de todas las que emprendieron los conquistadores que les han seguido. Pueblos ha habido, como los Bárbaros, que invadieron el mundo romano; y como los Turcos, etc., los cuales han llegado á fundar grandes imperios; pero nunca han podido establecer una civilización, empleando sus mayores esfuerzos en adquirir penosamente la de los pueblos vencidos. Los Arabes, por el contrario, han creado con mucha rapidez una civilización nueva, muy diferente de las que la precedieron; y han inducido á una multitud de pueblos á adoptar esta civilización junto con la religión y la lengua árabes. Al contacto de los Arabes, naciones tan antiguas como las de Egipto é India adoptan sus creencias, sus costumbres, sus usos y hasta su arquitectura. Muchos pueblos desde esta época han dominado las regiones ocupadas por los Arabes, pero la influencia de los discípulos del profeta ha sido inmutable, y en todas las regiones de Africa y Asia donde penetraron, desde Marruecos hasta India, parece que esta influencia se fijó para siempre. Nuevos conquistadores han llegado á reemplazar á los Arabes, sin que ninguno pudiese destruir su religión, ni su lengua. Sólo un pueblo, el español, ha logrado desembarazarse de la civilización árabe, pero ya veremos que lo logró á costa de una irremediable decadencia.

III

LOS PRIMEROS SUCESORES DE MAHOMA

Cuando Mahoma murió, en el año 632 de la Era cristiana, su empresa no quedaba más que bosquejada, y contenía toda suerte de peligros que amenazaban aniquilarla para siempre. La